

nacimiento y las características del alma infantil, absurdamente analizadas desde ángulos estéticos en sus manifestaciones plásticas.

### LAS NUBES TRÁGICAS (1)

André Gide aconseja no hablar de poetas grandes; considera más útil buscar al poeta puro. Aquel que en el ejercicio menos tramado y característico de la poesía; que en el ajetreo del lirismo hondo, enaltecedor de todas las palabras, obtenga un registro digno de proyectarse y de hacer resonar la sensibilidad del lector. Dándole esa escama sutil que no todos advierten, ni siquiera aquellos que elaboran renglones poéticos, pero que a veces el alma humana distingue y hace suya, lo mismo que la inteligencia asimila y se deja guiar por la diafanidad de un pensamiento.

Es lo que se capta, a primera lectura, en este tomo breve de poemas de Ricardo Navia intitulado «Las nubes trágicas» y publicado por la Editorial Tegualda en un lapso milagrosamente breve, contagiada, sin duda, la poetisa Gladys Thein y Graciela Marín sus propietarias, con el relámpago ignoto de poesía hecha verbo en un poeta adulto de fondo y forma, a pesar de su mocedad inconfundible. Pues se descubre en este diminuto haz de poemas, una inmersión en la vasta sensibilidad juvenil que resuena y murmura sin aristas, como una voz impostada en la garganta o una maestría que nadie pudo enseñar y que se aproxima y se aleja, restalla y vibra, dando la exacta dimensión de un mundo complejísimo, pero totalmente construido, sin esas flaquezas de estructura que no se pueden simular ni con juegos malabares, ni con pesada y fogosa elocuencia. El adiestramiento en el manejo de las imágenes abstractas, susceptibles de adquirir objetividad a fuerza de ensayarlas: la gimnasia asociativa del

---

(1) Editorial Tegualda, 1948.

subconsciente: vive en los versos del adolescente Ricardo Navia con la frescura y el arrojio que tiene la vida en un plano limpiamente estético por el hecho de ser tal, libre y al mismo tiempo unida a los elementos que la integran.

Suceso inevitable que no puede encerrarse en consejos ni en fórmulas y que delatando ese anhelo de conservación significado por la voz de todo artista, huye de sus plazos corporales en pos de una imagen permanente, incapaz de atar al destino biológico de la especie, pero representativo de su condición más genuina. Y lo mismo que una flor es flor y nada más que flor desde su tallo hasta los últimos filamentos que alberga su corola, sin concesiones a ningún otro elemento que rompa la armonía de su totalidad, estos poemas de Ricardo Navia son poesía pura, honda y auténtica, sin que ninguno de sus intersticios muestre la huella del decorado, ni del malabarismo retórico. No hay en ella renglones para ser leídos al compás de una clave diestra; ni tampoco se advierte la enumeración historiada que echa sus anclas en el buceado fondo del sentimentalismo ramplón. Hay un llamear poético que sobrecoge y encanta y que permite anunciar a Ricardo Navia como uno de los poetas más altos y puros de la última promoción chilena. Un lírico de noble cuño, liberado de lo mórbido, de lo grotesco y lo monstruoso y dueño de un sesgo oriental distante del gusto español por lo macabro, como lo afirma con toda justeza el poeta Antonio de Undurraga, su fraternal prologuista.

#### EL MURO.

Surgen de improviso libros que como ningún otro instrumento destinado a medir la condición humana, tienen la virtud de establecer dimensiones de la sensibilidad; conceptos estéticos arraigados, tendencias que tratan de imponerse en serio o en broma de manera peyorativa o con acritud, haciendo crítica ortodoxa, o esa crítica novicia de índole personal que no elude